

CAPITULO XIX

EL EMPERADOR MEXICANO EN DESACUERDO CON EL
MARISCAL FRANCÉS.—CRUELDADES DE LOS FRAN-
CESES.—EL MINISTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS
SEWARD.—MAZUERA.

Las primeras noticias de México favorecían al Imperio, decían: «El país entero reconoce y obedece al Emperador: hay dinero y animación Maximiliano anda visitando las poblaciones del Interior, en todas partes recibe ovaciones entusiastas » Las posteriores iban cambiando en el orden siguiente: «El Emperador y el General Bazaine aparecen en desacuerdo: los franceses despliegan un carácter duro; las comisiones militares fusilan mexicanos en abundancia; les parece que están en Argel: las cosas cambian, el disgusto se generaliza y todo anuncia una tormenta.» Las últimas eran desesperantes: «La situación va haciéndose intolerable por momentos: para cambiarla bastaría la presencia de un caudillo acreditado, capaz de impulsar y dirigir un movimiento contra estos franceses, etc.

En el descontento del pueblo mexicano con los franceses no cabía duda; y para hacer conocer que confrontaba con él y darle ayuda, escribí y publiqué la alocución de 8 de Julio de 1865, la que llenó su objeto en los lugares que fue conocida: la revolución comenzó con vigor.

La prensa periódica de los Estados Unidos se explicaba fuertemente contra la permanencia de los franceses en México, y como esto halagaba mis miras, llegué á pensar que allí encontraría seguramente lo que necesitaba para lanzarme á acaudillar el movimiento y conseguir la espulsión de los franceses. Mi animación era tanta que me dirigí al Presidente de aquella República, pidiéndole su ayuda directa ó indirecta.

Desesperaba de la contestación: cuando un vapor de guerra de los Estados Unidos ancló en el puerto de San Tomas, conduciendo al Ministro de Estado Mr. William H. Seward, quien de la casa del gobernador pasó á la mía. La inesperada visita de este personaje púsome en deseo de saber su objeto; pero en media hora de plática no conseguí una contestación explícita: palabras cortadas en voz baja como el que quiere hablar y se detiene; quiso saber ¿qué fui á hacer á Veracruz con la plaza ocupada por los franceses? y lo satisfice. Sin embargo del misterioso manejo del diplomático comprendí sus intenciones, estábamos acordados en la expulsión de los franceses, y me

ofreció proteccion. Al despedirse con mirada significativa y fuerte apretón de mano me dijo: ¡General á México! Al siguiente dia preparábame para pagar á Mr. Seward su visita cuando el vapor zarpaba del puerto.

La intempestiva y rápida aparicion del Ministro de los Estados Unidos en San Tomas, dió que hacer á los curiosos: creian ver algo que se combinaba; y recordaban el ruidoso convite que me habia dado á bordo pocos dias antes el jefe de una escuadra americana.

Cabe en este lugar dar á conocer al neogranadino Dario Mazuera [monstruo de maldad], autor de la intriga fraguada para llevarme á los Estados Unidos y robarme; y como este viaje fue para mi un manantial de desgracias que no pueden extraerse de la relacion que sigue es de necesidad ecsibir á ese hombre en su originalidad.

Dario Mazuera á la edad de veintiseis años reunia elegante figura y una locuacidad extraordinaria, que le facilitaba introducirse en la alta sociedad: inquieto y audaz por carácter se introdujo en las filas contrarias al General Mosquera en el tiempo de la revolucion de Nueva Granada, donde se dió á conocer por sus instintos de ferocidad salvaje. Huyendo de Mosquera se asiló en el Perú. Desde Lima me escribió dos cartas, pretendiendo que le enviara apuntes que le

proporcionaran escribir mi historia, pues aunque no me conocia de vista sentia viva simpatia por mi persona. Estrañé tanta confianza, y mi contestacion no ecsedió de lo que la buena educacion demandaba. A la caída del Presidente del Perú por una revolucion, Mazuera emigró con un buen botin que habia estafado á su favorecedor faltando á la confianza y se apareció en San Tomas.

Mazuera me visitó usando palabras de un miserable adulator y entonces tuve la desgracia de conocerlo. Para captarse mi confianza insistia hasta el fastidio de ocuparse de mi historia, y algunos dias empleaba en hacer apuntaciones; pero lo que ocupaba su cabeza verdaderamente era mi fortuna colosal que habia leído en varios periódicos mexicanos, y trataba de encontrar los medios de explotarla á su modo cuidando de ocultar su audacia, y el ceño del criminal intercopiado en su semblante.

Una noche mostrando cansancio dijo: he empleado todo el dia para alistar mi viaje á New-York, y no he podido ver á U. antes: mañana temprano iré navegando De New-York pasaré á Washington; mucho me agradaria emplearme por allá en servicio de U. no necesito ningun subministro [y me enseñó su cartera con billetes de banco]. Oportuna ocasion me pareció para dirigir la carta escrita al Presidente de aque-

lla República, y se la recomendé imponiéndolo antes de la importancia de su contenido.

Desde Washington me escribió así: «he llegado felizmente. El Presidente me admitió en su presencia y puse en sus manos la carta de U. Estos hombres economizan mucho las palabras, y nada me dijo de contestacion.» En su segunda carta decía: «Me presenté al Ministro de Estado Mr. Seward, como agente y amigo de U. y me recibió cortesmente.» En la tercera se reducía á decirme: «que el Ministro de Estado se habia ausentado y no habia vuelto á verlo.»

El viage de Mr. Seward á San Tomas sirvió al perverso designio de Mazuera completamente. Así fue que en su cuarta carta se estendió á decirme. «El Ministro de Estado regresó bien de su viage: no puede U. figurarse cuánto es su contento por haber hablado con U. en esa, pues se muestra muy su adicto; me ha dicho que puedo verlo cuando quiera.» La última carta de Washington contenia estas mismas palabras: «He conseguido poseer la confianza del Ministro: le he dado una comida y tuve la satisfaccion de tenerlo á mi derecha y un senador influente á mi izquierda. Creo estar bien pronto en la presencia de U. bien despachado.»

Todavía de New-York Mazuera me escribió: «Voy ya en camino para esa, pero me detendré en esta tres dias. Adquiriré conocimiento con el

señor General Ortega y otros mexicanos liberales que estan aqui huyendo del imperio, y estoy con el empeño de adherirlos á U.; pues podran ayudarlo en su noble empresa contra los franceses. Ya diré á U. á nuestra vista.»

Así Mazuera se burlaba de mi buena fe, cuando yo creia haber encontrado en ese mal hombre la capacidad que necesitaba.

Mazuera llegó por fin á San Tomas acompañado de Abraham Baez, Vicente Julve y Luis de Vidal y Rivas, fue luego á verme: «General venimos por U., en New York se le espera; á nuestra presentacion en el puerto los cañones del fuerte saludaran al ilustre mexicano, y para no detenernos traigo el hermoso vapor «Georgia,» de excelente andar que he comprado en doscientos cincuenta mil pesos con plazo de dos meses. En la bahia puede verse.»

La compra del vapor y su crecido valor llamó mi atencion y me negué á aprobarla; pero Mazuera era hombre de recursos; imperturbable siguió su obra. Me entregó una carta de mi amigo el distinguido General venezolano don José A. Baez, á quien habia sorprendido seguramente, pues la carta decía: «Con mucho gusto emitiré mi opinion respecto de la empresa que á U. ocupa, ella corresponde á un hombre esclarecido patriota; que mira con celo justamente la dominacion del suelo patrio por ávidos extranjeros

que derraman la sangre de los compatriotas sin misericordia. . . . En este pais libre y rico, U. conseguirá recursos; los momentos son oportunos. Venga U. pues, y proporcióneme el gusto de verlo, &a.

Al dia siguiente Mazuera y sus compañeros de viaje concurren á mi casa: acompañábalos don Miguel Lozano, Cónsul de Perú. El primero presentando un papel con grande sello en inglés y su traducción en español, con tono grave me dijo: el honorable Mr. William H. Seward, Ministro de Estado en Washington se sirvió confiarme este memorandum con el encargo de ponerlo en las manos de U. como tengo el gusto de hacerlo. El señor don Miguel Lozano que está presente, amigo fiel, ha tenido la bondad de traducirlo en castellano. Su contenido explica si mis trabajos en obsequio del señor General han sido fructuosos. Sentados todos pedi al traductor leyera lo que habia traducido y lo hizo en alta voz. «Memorandum reservado. En la cámara de Diputados está aprobado el préstamo de los cincuenta millones de pesos para México; y en el Senado tendrá igual resultado, De esa suma, treinta millones podrán destinarse para la espedicion del General Santa-Anna. Su presencia por aqui se hace ya necesaria: será apoyado. En Washington á 2 de Abril de 1866. Seward.»

Me agradó tanto el contenido del memoran-

dum, que no pude ocultar mi contento, ni me detuve á ecsaminar su autenticidad, solo pregunté á Mazuera: ¿el Ministro Seward ha entregado á U. el documento para mí? Si señor, él mismo en la pieza de su despacho. Y como no hay cosa mas facil que engañar al hombre de buena fe, al que no es capaz de pensar mal de nadie, cai en la trampa. Mi respuesta fue decir á todos los presentes: señores, supuesto el contenido del papel que se ha leído, no hay mas que prepararnos para marchar.

Mazuera, que sin pestañear acechaba mis movimientos, aprovechó mi contento poniéndome á la firma pagares por el valor del vapor «Georgia,» pagaderos á dos meses cumplidos, y los que tomó de las manos de Baez, hebreo habil con el sobrenombre de Comerciante de New-York ¿Y como desairaria al que se habia hecho merecedor á toda consideracion? Para salir del conflicto tuve que aceptar la responsabilidad del pago y firmé los dichos pagarés. En seguida Baez desempeñó su papel muy bien. Con semblante compungido y apretándose las manos me manifestó que llevaba el compromiso de entregar en San Tomas al Capitan del «Georgia,» cuarenta mil pesos ó una fuerte multa. No tenia la suma indicada, pero inclinado á servirlo se buscó bajo mi credito y responsabilidad.

CAPITULO XX

1866 á 1867

VIAJE Á NEW YORK.—MAZUERA DESCUBIERTO.—LOZANO ENVENENADO Y SUS REVELACIONES.—JULVE.

Dos dias despues, el dia 6 de Mayo de 1866 navegaba en el vapor «Georgia» para New Nork. Componian mi comitiva don Miguel Lozano [secretario], mi hijo Angel, el Coronel don N. Almada, Mazuera, Baez, Julve, Vidal y Rivas y Manuel Mesa [escribiente]. Al octavo dia desembarcamos. Ninguna demostracion en el fuerte de la anunciada por Mazuera, lo cual comenzó á llamar mi atencion. Baez me condujo á su casa de Elizabeth Port para esplotarme á su contento.

Mazuera, Baez y Vidal y Rivas pasaron á Washington á participar al Ministro mi llegada. La comision regresó sin ser recibida. Vidal y Rivas [hombre honrado que no estaba en el complot de Mazuera], me observó: que segun él advertia parecia todo una trama infame.

Entre los curiosos que me visitaron por conocerme, concurrió un amigo de Mr. Seward, llamado Jorge I. Trunvooll, de buen personal y regular fortuna. Conociendo que por conducto de este individuo podia ponerme en comunicacion con Seward, le correspondí su visita y entré en pláticas con él. Instruido de lo que me pasaba, me ofreció hacer viaje á Washington, para tomar noticias é informarme.

Mr. Trunvooll regresó de Washington y me dió este informe: El Ministro oyó con sorpresa cuanto le comuniqué. Protesta no haber visto ni una sola vez á Dario Mazuera; por consiguiente no ha podido prestarle ninguna confianza: que ocupado como está con el Conde de Montholon, enviado extraordinario del Emperador Napoleon en asuntos pertenecientes á México, no estaba en su deber recibir los cumplimientos del General Santa-Anna, quien no tendrá ya que ocuparse de los franceses. Aturdido quedé con el informe, no cabia duda que Mazuera me engañaba y que era victima de su perfidia. . . . ¿que hacer? De pronto pensé regresar luego á San Tomas, mas despues recordé que estaba pendiente de la contestacion del Presidente Juarez á quien habia ofrecido mi espada sinceramente para cooperar á liberar al pueblo mexicano de sus opresores y resolví esperarla. Tomé posesion de una hermosa casa amueblada en New York que Baez alquiló pa-

ra mi por cuatro meses en dos mil cuatrocientos pesos, alquiler escandaloso que soporte á cambio de alejarme del cómplice de Mazuera cuya vista no podía soportar. Traslados á New York los señores William V.^a de Gion me impusieron que el vapor «Georgia» perteneciente á la casa que representaban lo habia fletado al señor don Abraham Baez en diez mil pesos para conducir á San Tomas pasajeros y mercancías; y que habiendo el individuo solicitado comprarlo facultaron al capitán para vendérselo si entregaba en oro ochenta mil pesos al contado: que al regreso de San Tomas Baez les entregó esta cantidad en pagares con mi firma responsable; pero ellos le pusieron por condicion: que el buque no seria entregado hasta que la cantidad fuera pagada en moneda de oro. Explicacion tan esplicita daba á conocer á Baez, y no dejaba duda alguna de su complicidad con Mazuera.

Juarez aprovechó la ocasion de satisfacer su encono, infiriéndome un grosero desaire, en su contestacion á mi acomedido ofrecimiento; contestacion autorizada por su Ministro de Relaciones don Sebastian Lerdo de Tejada; la que por su contenido parecia mas bien un libelo infamatorio, que la comunicacion oficial de un gobierno que conoce la dignidad y se respeta á sí mismo. No obstante conocer la mala voluntad de Juarez, extrañé tan ruda contestacion dada en momentos

de afliccion para la patria y cuando á él todos le voltearon la espalda.

Otro acontecimiento se presentó á aumentar mis disgustos: la intempestiva muerte de mi secretario don Miguel Lozano en momentos que me hacia tanta falta. Preguntándole por el origen de su enfermedad produjo esta respuesta: «Ayer almorzando con Mazuera y Julve convidado por el primero, sentí un extraño dolor en el vientre; continuándome tomé un carruaje y me vine. Me pareció envenenamiento y supliqué al Coronel Almada me suministrara en pequeñas dosis el contraveneno que á precaucion cargo hace algunos años, mas ningun efecto ha producido; quiza lo he tomado tarde. . . . me siento grave. . . .» Muy temprano al dia siguiente, volvi á verlo y lo encontré agitado: habia pasado mala noche. Al verme hizo un esfuerzo para decirme: ¡mi querido General me mueren! . . . me envenenaron en el almuerzo. . . . temian que hablara y me quitaron de enmedio. . . . cuidese U. . . . ¡ah! mi familia, mi desgraciada familia queda en San Tomas sin amparo, la recomiendo á su conocida generosidad. . . . no pudo seguir: el estertor de la muerte le impidió la palabra, no hizo mas revelaciones; pero ninguna duda quedó de la culpabilidad de Mazuera. Lozano conocia el documento falsificado con la firma del Ministro Seward, y su declaracion perdia á Mazuera indudablemente.

Mientras tantas cosas desagradables pasaban, el plazo de los pagares firmados en San Tomas se acercaba. Escaso de dinero, sin conocer el idioma y las leyes de los Estados Unidos, mi confusion se aumentaba. Recoger, nulificar los dichos pagares, me parecia lo mas urgente para libertarme de serios compromisos, y con esta mira me valí de Julve, pues á Mazuera no lo veia desde su regreso de Washington: temia seguramente á mis reconvenciones. Julve pudo sacarle los ciento sesenta mil pesos de pagares que conservaba en su poder para negociarlos; pero á costa de cuatro mil pesos en oro, y la promesa de no reclamar los cuarenta mil que Baez recibió en San Tomas. Los ochenta mil restantes estaban en poder de William V.^a de Guion, por la entrega que Baez les hizo, y no obstante estar impuestos de lo ocurrido se atrevieron estos hombres á pedir por la devolucion veinticinco mil pesos en papel, abusando de mi apurada situacion, á cuya codicia tuve que satisfacer, considerando que me seria mas costoso ocurrir á la via judicial y que pondria mi nombre en tela de juicio; entregué pues mi pagaré por valor de veinticinco mil pesos en papel, y entretanto era satisfecho dejé en depósito mi cajita de alhajas que encerraba en valores mas de treinta mil pesos en oro, alhajas que aun permanecen en poder de aquellos avaros sin conciencia, porque mi situacion desgraciada no

me ha permitido cubrir el dicho pagaré. Tantos asi fueron mis sacrificios por libertar mi nombre de los compromisos en que lo colocaron las arterias de Mazuera y Baez: estos modernos Robert, Macario y Beltran.

CAPITULO XXI

BAEZ Y MAZUERA INTENTAN OTROS ROBOS.

En la navegacion, Baez, para inspirarme confianza, me comunicó que pertenecía al comercio de New York, y que en Elizabeth Port poseía hermosa casa donde quería que yo posara, pues le sería satisfactorio que la habitara por algunos dias.

Ofrecimiento tan espresivo lo creí sincero y acepté el alojamiento.

Al día siguiente de nuestra llegada á Elizabeth Port cuando Baez aun me inspiraba confianza, le entregué diez mil pesos en oro para que me los cambiara por papel y poder así aprovechar el beneficio que el papel produce en los gastos menores, pero la vista del oro le preocupó tanto, que quitándose la careta se apropió toda la suma. Para cubrir el robo parecióle suficiente disculpa alegar que gastaba en la mesa que me ponía cien pesos diarios. . . . Confieso que en aquel momento me ruboricé de haber vivido bajo un techo con un judío semejante. En final resultado consentí por exceso de delicadeza, en que se quedara con cinco mil pesos en papel, cantidad

demasiadamente suficiente á compensar los gastos de tres semanas de su ofrecido hospedaje.

He espresado que Mazuera no me veía y que atribuía esa falta á temor ó vergüenza; mas en esto me equivocaba completamente. El acechaba cuidadoso mis acciones, y notando que no se le perseguía continuó con mas brio en la tarea de robarme cuanto pudiera. Audaz y fecundo en maldades, inventó la compra de fusiles por mi cuenta en cantidad de cien mil pesos, cuya intentona llegó á formalizarse al grado que se intimara de pago, por una casa de comercio confabulada con el atrevido autor de esa deuda. Acometido así, fue indispensable tomar la ofensiva. Otorgué poder al abogado Dely, para que ocurriera á un Tribunal de Justicia y en mi defensa promoviera cuanto á mi razon y derecho hubiera lugar. Mazuera viéndose acusado criminalmente y en prision se intimidó extraordinariamente y confesó: que no ecsistia tal compra de fusiles y que todo habia sido una broma. Los procedimientos cesaron y Mazuera quedó en libertad, ecshibiendo los papeles de que se valió para aparecer mi agente confidencial. En la cesacion de los procedimientos convine, porque el Abogado Dely cobraba por sus honorarios la enorme suma de treinta mil pesos en oro.

Pero Mazuera que se habia burlado de la justicia de los hombres, no se burló [como no se bur-

la nadie] de la Justicia Divina: él tuvo la temprana del gran criminal. En el mes de Febrero de 1869, su fatal destino lo llevó á la ciudad de Mérida de Yucatan donde mezclado ó no en una conspiracion armada, resultó fusilado entre los que sufrieron esa pena: Cual fue su vida, fue su muerte.

CAPITULO XXII

CONSECUENCIAS DE MI DETENCION EN LOS ESTADOS UNIDOS.—EL MINISTRO SEWARD.

En New York me sorprendió el invierno y desgraciadamente decidí pasarlo en Itaten Island cediendo á falaces invitaciones de un húngaro que favorecí en México pródigamente y juzgábalo agradecido.

Estampar en el papel ocurrencias de esa temporada con mi patron y otros hombres de industria abundantes en la gran República, seria lo mismo que escribir una novela enfadosa que aumentaria la difusion; baste decir que me engañaron y robaron á su contento hasta dejarme sin un cubierto para comer. ¡ah! viaje funestísimo que me arruinó y que no puedo recordar sin amargura; perjuicio enorme que me causó la visita del Ministro Seward en San Tomas; pues sin esta visita Mazuera no consigue sorprenderme con el memorandum falsificado, lo habria ecsaminado detenidamente y lo habria desecha-

do, ó no se atreve á inventarlo; por consiguiente no tiene lugar el fatal viaje á New York que iba á costarme hasta la vida en medio de los vejámenes que mi persona sufrió según se verá en el relato que sigue.

CAPITULO XXIII

SALGO DE NEW YORK.—EN EL PUERTO DE VERACRUZ EL COMANDANTE DEL VAPOR DE GUERRA «EL TACONI» ME SACA DEL «VIRGINIA» Y ME CONDUCE AL SUYO POR LA FUERZA.—EL VAPOR «VIRGINIA» ANCLADO EN EL PUERTO DE SISAL ES ASALTADO POR DOS LANCHAS.—MI CAUTIVERIO.

El 6 de Mayo de 1867 salí de New York acompañado de don Luis de Vidal y Rivas con destino á la Habana y San Tomas en el vapor «Virginia», de la carrera de Veracruz, la Habana y Sisal. A los seis dias el vapor arribó á Veracruz, donde se detuvo descargando harina.

Los amigos y conocidos me visitaron á bordo; ellos me impusieron de la situación del país. La plaza la asediaba una fuerza que mandaba el joven General Benavidez: su guarnicion constaba de dos mil hombres nacionales y extranjeros fieles al Emperador Macsimiliano. Este habia sido traicionado en Querétaro y entregado á los republicanos. La capital continuaba imprevista (?) sostenida por una guarnición de seis mil hombres á las órdenes del General Tabera.

Mis primeras visitas que á bordo recibí fue-